

copia en los cuales, y en la misma página y tomo que indicaba el señor Carandell, se detallaban los métodos de recogida del semen humano de la siguiente manera: a) Por medio de masajes en la vesícula seminal. b) Por medio de preservativos: caso de casados, usándolos perforados; caso de solteros, esperando la eyaculación espontánea. c) Está prohibida la masturbación.

Cierto es que dichos apuntes no estaban avalados por la cátedra de Fisiología Animal, ya que habían sido realizados por un grupo de alumnos de quinto curso, tomando como base las explicaciones de clase. Los citados apuntes eran vendidos en la Facultad de Farmacia por los mismos alumnos que los elaboraron.

Quede, pues, claro que en ninguna manera ha sido falsada la realidad en la nota aparecida en «Celtiberia Show», si bien es posible que haya existido cierta confusión, que me agrada haber resuelto con la presente carta. ■ **JOSEFINA RODRIGUEZ CLAVEL** (Alicante).

**LA PIQUETA**

¿Por qué se derriban inmuebles decimonónicos de un buen estilo, viejos palacios, y se sustituyen en zonas que conservaban una cierta unidad de estilo, por pequeños rascacielos (¡qué contradicción!) que acumulan tráfico en torno a ellos? ¿Es que tan necesitados están de dinero los aristócratas que tienen que agarrarse a la especulación y sacrificar las fachadas para comprar fondos de inversión? Y, por otro lado, los hombres responsables del municipio, ¿por qué no practican una política «conservadora» en lo arquitectónico que hubiera podido dar a nuestras ciudades un estilo más característico o simplemente un estilo? Porque las únicas ciudades españolas que tienen un estilo son aquellas que conservan un aire medieval (generalizando un tanto). Se da, pues, en nuestro país una curiosa contradicción: mientras alardeamos de mantenernos en una serie de valores tradicionales que hacen de nuestra sociedad algo único y diferente, en lo arquitectónico arramplamos con todo, sacrificamos todo lo sacrificable,

dejamos caer todo aquello que comienza a resquebrajarse, asistimos con suma tranquilidad al desmoronamiento de iglesias, ermitas, claustros y conventos dignos de conservarse o vemos con satisfacción la acción de la piqueta sobre piedras respetables, aunque en ningún caso pudiera decirse que se tratara de «joyas arquitectónicas». No



dejo, y que no se me confunda, que pretendo defender toda edificación centenaria, porque no me parece mal que se haya derribado la vieja Casa de la Moneda, de Madrid. No mítifico las piedras por el simple hecho de que tengan «la pátina» del tiempo. Quiero decir que las ciudades son hermosas cuando a través de ellas puede recordarse el pasado, contemplar la superposición de estilos y modos de vida, y son detestables aquellas ciudades que no tienen el más mínimo carácter, sino que son el resultado de la chapucería, la especulación, la anarquía ur-

banística y arquitectónica. Y esto es frecuente en nuestras grandes je incluso nuestras pequeñas! ciudades españolas. ■ **ANTONIO GUERRA** (Madrid).

**SUBTITULOS**

Soy un apasionado amante del buen cine y, por tanto, un asiduo espectador de ese magnífico programa de televisión que es «Cine-Club». El miércoles día 6 de enero, dentro del ciclo de cine escandinavo, se emitió la película de Sjoberj «Tortura», una de las obras capitales dentro de lo no muy numerosa filmografía de dicho director y, por tanto, fundamental para conocer su trayectoria de autor. Por otra parte, el guión, extraordinario por cierto, era de Ingmar Bergman, lo que acrecienta el interés de la película.

Desgraciadamente, mis conocimientos de sueco son nulos, como creo que deben serlo los del noventa y nueve y pico por ciento de los espectadores que el miércoles día 6 de enero conectamos nuestro receptor de televisión con la Segunda Cadena para contemplar el desarrollo del film.

Afortunadamente, es un decir, la película estaba subtitulada. Durante todo el desarrollo de la misma sufrimos unos subtítulos mal redactados y recortados al máximo, gracias a los cuales, es un

decir, pudimos seguir a duras penas la trama argumental. Pero cuando nuestra indignación llegó al máximo, hasta el punto de que hizo peligrar el aparato receptor, fue en la última escena del film. Se trata de un intenso dúo dramático entre los dos protagonistas. La confesión de uno de ellos es, creo entender, la clave temática del film y la justificación plena de lo que antes hemos contemplado. Pues bien, toda la escena estuvo absolutamente desprovista de subtítulos, privándonos, por tanto, de la comprensión del sentido final de la película. ¿Era tan subversivo lo que se decía que nuestras poco preparadas inteligencias no deben asimilarlo? No es la primera vez que esto ocurre y, desgraciadamente, no creo que sea la última, pero, ¿no sería mejor no programar la película en esas condiciones? Al menos se evitaría al pobre telespectador irse a la cama con un mal sabor de boca y sufrir como consecuencia terribles pesadillas sádico-político-cinematográficas que pueden degenerar en un trauma más de los que, por desgracia, ya padecemos. ■ **VALENTIN BLEYE** (Segovia).

**APROVECHAR LAS MULTAS**

Recientemente han publicado ustedes un interesante in-

forme sobre el problema del tráfico. Creo que convendría añadir algo sobre las multas.

No se trata, a mi modo de ver, de suprimirlas, como, según creo, se ha dicho por alguna parte. Lo interesante sería dirigir las multas bien. Es decir, dejar un poco tranquilos a los ciudadanos que rebasan cinco minutos su estancia en la llamada zona azul y, por el contrario, vigilar mucho más y de una manera eficaz a todos aquellos que aparcan en doble fila en las mismas esquinas y, sobre todo, a los camiones de reparto que tan impunemente se estacionan durante minutos y minutos, a veces durante cuartos y cuartos de hora, impidiendo el tráfico normal (es un decir eso de «normal»).

Sin embargo, parece que, por los motivos que sea, la incidencia de multas se dirige hacia cosas sin importancia, y en cambio esos aparcamientos de vehículos de reparto no se tocan. Recuerdo que hace varios números algún lector insistía en que el Ayuntamiento había dicho (un equipo de expertos, se entiende) que esto de los vehículos de reparto era cuestión psicológica. Quizá por eso las multas van hacia un lado y no hacia otro: porque, naturalmente, no se puede multar a una cosa que no existe, a una simple cuestión psicológica. ■ **XAVIER BOSCH** (Madrid).

**POLEMICA**

**Tiempo confuso**

Eduardo G. Rico incluye algunas «Notas sobre un tiempo confuso» en el número especial que la revista «Cuadernos para el Diálogo» acaba de consagrar a la literatura española. En dicho trabajo, Rico me ha dedicado un sabroso fragmento tomando como pretexto o fuente las declaraciones que yo hiciera a Ramón L. Chao en el número 439 de TRIUNFO. Y uno, libre de patria, pero no de herencia, retoma el hilo de tan banal historieta: Castellet y los nueve novísimos. Vamos por episodios. 1. «... he aquí que mi amigo

José Miguel Ullán, admirable por tantas razones, se ha sentido violento al no encontrar su nombre en las páginas del libro en cuestión». ¡Curiosa fantasía moral! Con curvita antiorgasmo y todo, para subrayar la inocencia del suceso. Amor, baba multirrazonal y, ¡zas!, dato ultracientífico. Así, hasta el lector más manco puede palpar que el crítico, ligado a mí por evidentes vínculos de amistad y admiración, tiene sobradas razones para conocer los motivos profundos de mi supuesta violencia. Y bien; si descubro que nos hemos visto una sola vez durante media hora, espero que Eduardo G. Rico no me tachará de renegado, sino que estimará desempolvo una referencia importante para facilitar el justificado escepticismo del lector

ante su tajante afirmación a propósito de mis mórbidos sentimientos.

Primera postdata: Me pregunto qué tipo de acusación reserva Rico para poetas tales como Caballero Bonald, José Angel Valente, Angel González y Claudio Rodríguez. Sabido es que todos ellos —entre otros— han criticado la antología castellana, de manera más o menos explícita según los casos. ¿Sus críticas obedecerán a tan oscuros impulsos como los segregados por mi vanidosa osamenta? En las páginas del vespertino «Madrid», familiares al propio Rico, declaré no hace mucho: «... es fácil colgarme el sambenito del resentimiento; la derecha sigue pensando que la idea de justicia reposa sobre la envidia». Lamento que el ami-

go Eduardo G. Rico, tan admirable por tantas razones, caiga ahora en la misma trampa. Finalmente, ¿es tan difícil que un hispano asuma su propia miseria sin entregarse a la sustitución sistemática de la pasión por la ilusión? Klossowsky me proteja: «On devient stupide dès qu'on n'est plus passionné». O Campoamor, para mayor regocijo didáctico:

**Teme a las ilusiones; que es peor la ilusión que las pasiones.**

2. «Soy de la opinión de que uno no debe mostrar en público sus enfados tan descaradamente como José Miguel Ullán, ni confundir la discusión civilizada con el monólogo insultante». Respetable opinión. Por mi

# POLEMICA

parte opino que Eduardo G. Rico no debiera confundir el enfado con el asco legítimo ante las manos educadas y fofas, acomodaticias y serviles, torpes y «snobs» que practican la escritura enanill, pretendiendo hacer pasar por neovanguardismo el trasero de toda naturaleza putrefacta. (Nadie lea más de lo que digo. Los espléndidos poemas de Vázquez Montalbán, la escritura sigilosa de Martínez Sarrion y algunas zonas de otros «elegidos» escapan por completo a la presente acusación; y ésta, en cambio, no debiera quedar reducida al campo de la antología-diz-que-novísima, sino operar en otros territorios, no por hostiles a esta tendencia menos regresivos y esterilizados.) Opino, además, que a menudo es el insulto la única forma de rigor. En consecuencia, me niego a aceptar esa invitación civilizada a ejercer la transparente hipocresía.

**Segunda postdata:** «Y si, los negros tienen muy mala educación» (Borges).

3. «Por lo demás, la poesía de Pedro Gimferrer, todo lo discutible que se quiera, merece un mayor respeto, sobre todo por parte de los poetas que buscan, por caminos inciertos e inseguros, una salida válida». ¡Mayor respeto! Sea. Una vez más, Campoamor, con su fino olfato profético, me ayudará a rectificar:

Es Pedro un hombre silencioso  
[y grave,  
y, aunque ya tiene vicios,  
¿qué importan en un joven que  
[ya sabe  
que fundaron a Cádiz los fenis-  
[cios?

4. «Y, por último, considero que si Castellat no ha incluido a Ullán entre los nueve es porque a lo mejor Ullán no le gusta a Castellat como poeta». Pues a lo mejor es verdad. A modo de desagravio, y atónito ante tanta maravilla, reproduzco este diálogo camp-o-amoresco entre la Poesía Social y Castellat:

¿Cuánto creía en ti, cuánto  
[creía!  
Te juro que, aunque infiel, soy  
[Inocente.  
¿No pensabas amarme eterna-  
[mente?  
Yo lo pensaba así, querida mía.  
De mi error en disculpa, este  
[letrero  
sobre mi tumba dejaré grabado:  
«Perdónale al infiel que te ha  
[engañado,  
porque a sí mismo se engañó  
[primero».

5. «Parece mentira que debamos hablar y escribir tanto

para persuadir no sólo a Ullán, sino a veinte Ullanes protestones más, de que no tienen razón y de que además resulta anti-poético enfadarse así». En efecto, parece mentira.

**Tercera postdata:** «Toute l'écriture est de la cochonnerie. Les gens qui sortent du vague pour essayer de préciser quoi que ce soit de ce qui se passe dans leur pensée, sont de cochons» (Artaud).

Desde la pocilga común, mi promesa solemne de nunca más caer en ciertas tentaciones. ■  
**JOSE MIGUEL ULLAN.**

## "Las Moscas", en provincias

Lo de menos es que tengamos que ver «Las Moscas», de Jean-Paul Sartre, con cerca de treinta años de retraso (considero que la obra conserva viva su problemática, aunque en técnica teatral hubiera que discutirle algunas cosas). Lo de más es que la descentralización teatral, tan cacareada a raíz de las Campañas Nacionales de Teatro, pueda quedarse en una limosa vergonzante, totalmente desligada del contexto social y cultural en donde se trata de poner en práctica, y presurosamente realizada para cubrir el expediente, cobrar la subvención y representar el papel de abanderados culturales que van a «redimir» al indefenso provinciano de su letargo intelectual.

Dentro de la actual Campaña Nacional de Teatro he podido ver en Cádiz «Las Moscas». En años y Campañas anteriores también he asistido (con una férrea buena voluntad, que superaba los escarmientos continuos) a diversas representaciones de diversas compañías. (No quiero dar nombres, porque, en realidad, el problema no es de personas, sino de cauces y estructuras.)

Pues bien, he sentido esta última vez, como en ocasiones anteriores (y como en tantas otras ocasiones que Celtiberia nos ofrece), ese sentimiento llamado de «vergüenza ajena» ante lo que estaba viendo. Me venían a la memoria las voluntariosas representaciones de los cuadros artísticos de antiguos alumnos de colegios religiosos, y pensaba que quizá entre aquella gente se lograra encontrar a alguien que diera más vida y energía al Orestes rebelde (al que ya no le importa siquiera que exista Dios, porque también se rebela contra él para afirmar su libertad y su condición de hombre) que el desangelado actor que lo encarnaba esta vez.

Lo de menos era ya la puesta en escena, la falta de criterio en el vestuario, los decorados necesariamente incompletos... Lo grave era la falta de interés que se advertía en casi todos, la falta de ensayo, el ni siquiera poder enterarse del texto porque unos hablaban bajo, otros se equivocaban y otros hacían las dos cosas. Lo grave es que estas cosas se hagan de esta manera, que al sufrido público provinciano se le ofrezcan las migajas teatrales de la capital, con el material de desecho y los actores parados que se reclutan en unos días.

Hace unos años, cuando se montó en Cádiz la primera Campaña Nacional de Teatro, el grupo teatral gaditano Quimera, promovió un coloquio, en el que el delegado provincial de Información y Turismo, los críticos teatrales de la ciudad, y algunos miembros del grupo, discutieron abierta y públicamente so-

críticos ante la autoridad. El único que en estos días, lleva a cabo una actividad intensa es el grupo Arlequín, que ha participado, con una especie de retablo navideño, en la Campaña Paz en la Tierra, de Información y Turismo.

La pregunta, pues, sigue flotando. Los grupos independientes tienen dificultades para desarrollar su labor. Las compañías profesionales que se pasean por provincias contribuyen poco a despertar la afición teatral (en Cádiz, cada vez va menos gente a las Campañas), porque no mantienen un contacto directo y continuo con el público que les marca una tónica a seguir, un camino vivo donde entroncar teatro y realidad, estética y promoción cultural. ■ **BENJAMIN CALO.**

## Estética valenciana

Respecto a la carta de Arcadio Blasco (en «Polémica», TRIUNFO, número 449), 1.º: Decir que los valencianos poseemos un mal gusto épico, fácil frase feliz, es tan nefasto para la objetividad del enfoque del fenómeno total del arte en el país valenciano como decir que el arte valenciano es parte eminente del patrimonio artístico nacional. Al tóxico de Valencia tierra de artistas se le contesta con otro: el del mal gusto valenciano. A modo de aventura hipótesis se me ocurre que los dos, más el segundo que el primero, aconsejan buscar la causa de su existencia como signo exterior de un fenómeno real.

Si el mal gusto en nuestras tierras es épico, es que algo pasa. Tal sería el de la existencia, en un período de tiempo que ya es casi historia, de una participación en el campo de la, digamos, elaboración artística de sectores amplios de nuestra demografía más allá de los estrictamente encomendados a tal tarea. En efecto, «lo artístico» (según los «out») o «el mal gusto» (según los competentes) se hace notar por nuestra geografía regional; el valenciano se ha metido a «naif» a la hora de hacer su casita, por ejemplo. Pero el «naifismo» está muy controlado por las academias o las anticademias (lo mismo da), y sólo empujatan en él lo que controlan: un pseudoestilo derivado de características externas de los productos de unos concretos realizadores extraprofesionales. Lo demás es mal gusto y asunto simplificado; si no, el campo de la creación artística, más allá de la ciencia positiva que sobre ella se ha elaborado, se

haría demasiado extenso. Después, el «kitsch» se embadila en lo «camp» y así, con la dosis de conmisericordia que sea necesaria, se puede incluso alabar o disfrutar de ciertos productos sin pecar.

Puestos a buscar razones que expliquen el estado de cosas en el país valenciano respecto al tema que nos ocupa y en pro de aquella hipótesis, algo, tendrá que ver la excesiva, prolongación, en fase de recalitrante obsolescencia, de un inflado quehacer artesanal y sus correspondientes contagios a los «bricolaires» que en el mundo han sido. En cuanto a motivaciones socioeconómicas o, mejor, sociológicas, Tomás Llorens y E. Sempere dan interesantes explicaciones a la fenomenología de un modernismo extraprofesional en el Grao y Cabanyal de Valencia.

El mal gusto es producto de una voluntad de creación desde presupuestos de carencia cultural, y esto supone una potencia útil y positiva, una potencia artística, mejor que la carencia de mal gusto... y del bueno, claro está. Y, por favor, descarten el chauvinismo como móvil de estas letras: no digo que nuestro país constituya una potencia artística especial; digo que en nuestra historia inmediata, con redundancias temporales palpables hoy, hay rasgos que inducen a creer que la ha habido. Aquí y en más sitios seguramente, como reflejo seguramente de parecidos condicionantes. Y bueno sería estudiar a qué se debió y cuánto tiene de reproducible como posible factor de desalienación colectiva. O es posible que sea una frustración histórica más, una impotencia no superable, o cuya terapéutica ya perdió su oportunidad.

2.º «Si sale alguien con indudables dotes, no es allí donde se forma, ni es allí, en Valencia, donde encuentra el mejor campo para su desarrollo». Más que cierto. Pero en el contexto de su carta queda como acusación específica a una ciudad que se limita a seguir la pauta provincial que se ven obligadas a seguir todas las ciudades peninsulares a favor de Madrid y Barcelona, por las que son explotadas (suprimiendo a la palabrota resonancias melodramáticas). Exilios aparte, creo que es fenómeno también extrapeninsular. Y también habría que matizar, dado que casos hay en que con «indudables dotes» procuran potenciar la actividad artística ciudadana, sacrificando ventajas de emigración. Como siempre, el resultado depende de ambas partes, y hay que pedir al artista profesional que ponga de más lo que la sociedad pone de menos; sociedad cuya inocencia, en el nefasto papel que juega, hay que hacer constar. ■ **ALFREDO FLUJKA** (Barcelona).



bre los resultados de la Campaña. En aquel coloquio quedó flotando una idea: ¿Por qué no se emplea el dinero que se gasta en el montaje de una Campaña de este tipo en subvencionar, siquiera sea modestamente, y promocionar la labor de los diversos grupos teatrales «de provincias»? ¿No sería esa una auténtica labor de descentralización, mucho más sólida y más ligada a las circunstancias sociales y culturales de cada región?

Actualmente, al menos en Cádiz, se advierte como una cierta regresión en las actividades teatrales independientes, producto de una serie de dificultades que terminan por cansar a quienes trabajan en estas cosas. El café-teatro Don Ramón cerró sus puertas y el grupo que normalmente actuaba en él —el Valle-Inclán— ha desaparecido prácticamente. Quimera Teatro Popular, después de una intensa semana teatral desarrollada en una barrida obrera, ante el entusiasmo de quienes asistieron, se vio obligado a suspender una representación posterior por no haber cumplimentado ciertos trámites buro-